

COSAS TRANSPARENTES

## El avión de madera

Ocho años después de ser entrevistado por Quim Aranda, el escritor me pidió que escribiera el prólogo de su primera novela

15.02.08 - JOSÉ A. GARRIGA VELA

HACE casi ocho años, en septiembre de 2000, presenté en Barcelona la novela 'El vendedor de Rosas'. La editorial me tenía reservado una de esos días maratónicos con entrevistas cada media hora. Me sentía desbordado por las circunstancias. Además, nunca se me ha dado demasiado bien contar en voz alta las cosas que pienso en silencio. Al hablar, me pierdo. El caso es que en medio de aquella marabunta apareció un periodista tranquilo y afable del diario 'Avui' que fue capaz de convertir la fría cafetería del Hotel Calderón de Rambla Cataluña en el salón de casa. Recuerdo que hablamos de ciudades y de emigraciones y de ciertas coincidencias que nos hacían cómplices. Yo me trasladé a vivir al Sur, emigrando a contracorriente, y él viajó a Archidona para pasar los veranos de la infancia en la casa de su familia andaluza. Cuando se publicó la entrevista en el 'Avui', el 14 de octubre de 2000, se resaltaba una frase que decía: «Puedes dejar Barcelona, pero Barcelona no te abandonará nunca». Aquel periodista con cara de catalán serio era Quim Aranda. Yo entonces ignoraba que ocho años después recibiría una llamada suya de teléfono desde Londres mientras yo iba conduciendo por la autovía de Málaga. No habíamos vuelto a hablar desde la mañana de la entrevista. Sin embargo, enseguida lo reconocí. 'Avui' significa hoy, y fue como si no hubiera pasado el tiempo y, sin embargo, cuánto tiempo y cuántos cambios se habían producido desde entonces. Le dije que me llamara en diez minutos, cuando hubiera aparcado el coche.

Quim Aranda me llamaba desde Londres para pedirme que le escribiera el prólogo de una novela que iba a publicar en la editorial Candaya de Barcelona. Acepté de inmediato. Me previno de que era larga, unas seiscientas páginas. He de confesar que sentí un leve estremecimiento, pero le dije que no importaba. Creo que lo hice en honor a la complicidad de aquella mañana de septiembre y también porque tuve un presentimiento positivo en relación a la novela. En esos momentos yo tenía problemas y estaba triste y preocupado y he de confesar que la lectura que me acompañó en esos momentos fue 'El Avión de madera'. Marcelo Rojo se convirtió en mi amigo invisible. Mientras leía la novela, recordé las palabras del 'Avui' y pensé: «Puedes dejar el pasado, pero el pasado no te abandonará nunca». Durante el tiempo de silencio que había transcurrido desde la visita a Barcelona en el 2000 y la llamada telefónica del 2007, Quim Aranda se había encerrado en una habitación de Londres para escribir una hermosa novela que recoge las voces de la memoria.

Al poco tiempo de recibir el encargo de Quim Aranda, escribí un artículo en el diario SUR en el que mencionaba mi incapacidad para negarme a cualquier cosa que me solicitaran, por ejemplo a escribir un prólogo a una novela de seiscientas páginas. Yo disfrutaba con la lectura de 'El avión de madera', pero la complicidad con su autor me permitía utilizar su novela como excusa para escribir un artículo sobre mi manera de ser. Al cabo de una semana recibí un email de Londres en el que mi peculiar, irónico y serio amigo catalán se disculpaba por haberme puesto en la tesitura de escribir el prólogo. Teresa, una tía de Quim Aranda, había leído el artículo en Archidona y rápidamente llamó a su sobrino poco menos que para pedirle explicaciones por haberme elegido a mí para prologar su libro con lo mal que yo lo pasaba con tales compromisos. Ni la tía de Quim Aranda ni el propio Quim Aranda sabían que yo en esos momentos estaba dando la vuelta al mundo con un mensajero aéreo que, paradójicamente, tenía pánico a volar. Ese mensajero no era otro que mi amigo invisible Marcelo Rojo. Él me presentó a familiares de la realidad y de la ficción que jamás olvidaré. Personajes desperdigados por el silencioso mundo de la emigración. Marcelo Rojo se encargaba de llevar documentos, papeles, joyas, lo que fuera de una ciudad a otra. Siempre en avión, siempre en el mínimo tiempo posible. Iba y volvía. Iba y volvía. Y yo volaba con él. Iba y volvía del pasado al presente.

'El avión de madera' que un día el padre de Marcelo Rojo les entrega a sus hijos sirve para poner alas a la imaginación. El avión estaba cargado con su herencia. Los aviones tienen dimensión humana y esta es una novela de aviones. Aviones que atraviesan el cielo. Aviones que pasan de una mano a otra siguiendo el curso de los sentimientos. Aviones de mentira que giran sobre el aire quieto de la ciudad inmóvil. Aviones de madera que sobrevuelan lentamente, como las sombras de las nubes en el mar, la historia de una familia. Aviones que se detienen sobre los recuerdos de una ciudad sepultada bajo las aguas del pantano. La ciudad literaria cubierta por las páginas del pasado. La ciudad sumergida. Los sueños que se inundan. Los recuerdos que flotan aunque nos duelan, como los cadáveres de los ahogados.

Ahora el escritor Quim Aranda ha venido a visitar los escenarios de la novela. Ha vuelto el niño que veraneaba en Escua, un pueblo oculto bajo las aguas que el autor ha rescatado del olvido. El lunes estuvo Marcelo Rojo presentando el libro en Escua justo en el mismo instante que Quim Aranda lo hacía en Archidona. Los dos estaban sentados en la misma mesa y los dos hablaron del pasado y la memoria. De las vueltas que da la vida y tal vez ambos hablaron también de la emigración física y la literaria; porque al fin y al cabo la literatura es una mudanza: el traslado de una experiencia individual a una experiencia colectiva. Los dos se preguntaban la misma incógnita que se plantea en la novela: «¿Dónde quedan los sueños de los niños que no se hacen realidad, que nunca se convierten en sueños de adulto porque los adultos no tienen derecho a soñar?». Yo sé que los sueños caben en una novela. La memoria cabe en una novela. La novela de 'El avión de madera' que logró dar media vuelta al mundo.

